



Alejandro Pérez Vidal

# **Larra y la censura: un manuscrito olvidado**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Alejandro Pérez Vidal**

# **Larra y la censura: un manuscrito olvidado**

Nota introductoria

El autógrafo de Larra que aquí se presenta figuraba entre los conservados hasta la segunda década de nuestro siglo en una caja que contenía, por lo que se sabe, la totalidad del legado de manuscritos de Larra. Carmen de Burgos utilizó profusamente tales papeles en su biografía del escritor, publicada en 1919. Poco después debió de iniciarse la dispersión de aquel fondo documental; en 1936 el gran larrista Aristide Rumeau hacía constar que «M. Tarr, savant hispaniste américain, a pu constater comete moi-même, en étudiant les papiers de Figaro, l'absence de plusieurs manuscrits dont il est question dans le livre de Carmen de Burgos». En 1937 se refería Tarr a la división del legado en dos partes, una que seguía en poder de la familia, y concretamente del bisnieto del escritor Carlos de Larra y Gullón, y otra que había sido donada al Museo Romántico de Madrid. Es posible que ya por entonces se hubiera desgajado también un tercer grupo de manuscritos y objetos del escritor hacia otra rama de la familia, la de los Larra y Larra. El manuscrito que aquí se publica formaba parte de los conservados por Carlos de Larra, que a su muerte pasaron en su totalidad a manos de su hermana Cristina. Es ella quien generosamente me ha permitido transcribir algunos de ellos, en repetidas sesiones de trabajo en su casa de Madrid.

Si F.C. Tarr no hubiera muerto tempranamente en 1937 y Aristide Rumeau no se hubiera negado a volver a España después de la guerra, nuestro conocimiento de los textos de Larra sería harto distinto del que hoy tenemos. En su magnífica tesis doctoral leída en 1949 Rumeau reprodujo ya, entre otros, el manuscrito que aquí publicamos, después de haber dado en una primera parte de su trabajo, en 1948, un ejemplo soberbio de cómo podía hacerse una edición rigurosa de los artículos de Larra, en aquel caso los de El Duende. Todo aquello se basaba, sin embargo, en el material recogido por él antes de la guerra; en el caso de los manuscritos de artículos de El Pobrecito hablador su meticulosidad le hizo dudar de la fidelidad de las transcripciones y decidió no publicar nada. Lo que aquí se presenta no pretende ser más que modesta cosecha de una pequeña parte de lo sembrado por Rumeau, con el objetivo de llamar la atención sobre el interés de los manuscritos de Larra y la necesidad de tenerlos en cuenta en cualquier edición de sus obras que a partir de ahora se emprenda. El hecho de que durante varios decenios el contenido y en gran parte hasta la mera existencia de la tesis doctoral de Rumeau hayan permanecido ignorados puede considerarse un signo de los devastadores efectos que un clima cultural como el del franquismo puede tener en disciplinas tan sensibles a ese género de factores ambientales como las de la historia literaria y la edición de textos.

\*\*\*

Todo lector atento de El Pobrecito Hablador advierte la importancia que tiene la censura entre los temas tratados por Larra en aquella publicación personal. Sus protestas contra ella se van acentuando con el tiempo y en torno a las mismas, en la reivindicación de la libertad de expresión como derecho fundamental de los hombres, se constituye entonces uno de los núcleos más consistentes del pensamiento liberal del escritor. La revista apareció de agosto de 1832 a marzo de 1833, en la época final del absolutismo fernandino. Este se hallaba ya en abierta crisis política, especialmente tras la enfermedad del monarca en septiembre de 1832. La crítica directa contra las instituciones y las figuras capitales de la monarquía seguía siendo imposible; cabía, en cambio, una crítica oblicua contra otras figuras e instituciones importantes, como la censura, y tal tipo de crítica, en ocasiones, podía poner en tela de juicio la legitimidad del sistema en su conjunto.

Lo que, aunque magistralmente planteado por Rumeau, apenas se ha tenido en cuenta en los últimos tiempos, es el posible efecto de la censura, su actuación destructiva incluso y precisamente sobre los textos que lograron imprimirse entonces, que, con ligeras y a veces empobrecedoras variaciones, son los que han llegado hasta nosotros. La intervención de la censura contra los textos de El Pobrecito Hablador explica en parte las persistentes protestas del escritor contra ella y a la vez lo indirecto de las críticas que consiguió publicar.

El primer testimonio de la actuación de la censura contra textos de Larra lo dio él mismo. Esta había eliminado un terceto de la «Sátira contra los malos versos de circunstancias», entre el que comienza «¿Y versos va a buscar? Busque paciencia» y el siguiente, y Larra se apresuró a señalarlo, en carta dirigida al Correo Literario y Mercantil y publicada por éste en su número 667, del 14 de octubre de 1832:

Correspondencia

Rectificación

Bilbao, 8 de octubre de, 1832

Señor editor del Correo, muy señor mío; en el num. 5º del Pobrecito Hablador, recientemente publicado, se halla (pág. 7) un yerro que no podemos menos de enmendar por medio del periódico de vmd.

El primer terceto de aquella página no se halla encadenado con el segundo, según la inmutable ley de esta clase de metro. Habiendo sido suprimido por la censura, en verdad con razón, un terceto que se hallaba entre los dos, y no hallándose el autor en Madrid, ni a la mira por consiguiente de las pruebas, se olvidó al corregirlas en la imprenta indicar con unos puntos aquella pequeña laguna, precaución que se tomará en cualquier otro caso semejante.

Como este yerro pudiera atribuirse a descuido del poeta por algún bien intencionado de esos que andan siempre indagando cuando se extravía su prójimo para meterle

caritativamente por el buen camino, creemos que vmd. no dejará de rectificar esta equivocación, así como otra que ha cometido también la imprenta en la página 13, poniendo Aguino vigoroso por Aquino, riguroso.

Aprovecho esta ocasión para poner en noticia de vmd. que soy el bachiller D. Juan Pérez de Munguía, y no otro alguno, como se ha indicado, si es que vmd. me permite ser quien soy y quiero ser, y siempre que esto no pueda resultar en perjuicio de tercero. No creo que va tan fuera de camino que un hombre hablador sea bachiller y tenga don, y se llame de nombre Juan y de apellido Pérez de Munguía. Soy pues yo mismo, y no puedo ser otro.

Perdone vmd. esta pequeña habladuría a quien tiene el honor de ponerse a las órdenes de vmd. como su amigo y agradecido servidor

Q. S. M. B. =EL bachiller &c.

En consonancia con lo indicado al final del segundo párrafo de esa carta, en el número siguiente de El Pobrecito Hablador, en la página 6 de la «Carta segunda escrita a Andrés por el mismo bachiller», aparecían tres líneas enteras de puntos que dejaban constancia de un recorte de la censura.

En los números 7 a 11 de El Pobrecito Hablador no aparece ninguna señal de censura, pero parece conveniente no concluir sin más que no la hubo. Es muy posible que la censura misma le prohibiera dejar aquel género de testimonio, denuncia implícita de la mutilación y estímulo para la imaginación del lector; pocos años después, cuando, en época de reformas del absolutismo, se hicieron públicas las normas de actuación de la censura, quedó de manifiesto que aquel tipo de prohibición formaba parte de ellas. En el número 12 de El Pobrecito Hablador, sin embargo, publicado cuando Larra era ya redactor de La Revista Española y podía permitirse mayores atrevimientos, vuelven a aparecer señales de supresiones, tres concretamente, en forma de líneas enteras de puntos. En el número 13, la «Carta última de Andrés Niporesas», las mutilaciones son siete, y tales que el texto queda reducido a menos de la mitad de su extensión; para completar el mínimo de 24 páginas habitual en las entregas de El Pobrecito Hablador Larra tuvo que introducir el texto que suele publicarse bajo el título «Conclusión», que corresponde, en realidad, al conjunto de la entrega; los indicios de los siete recortes que deja Larra están, sin embargo, más disimulados: son grupos de seis puntos, que pueden confundirse con puntos suspensivos, aunque como tales resulten incomprensibles. Esperemos que el manuscrito de la «Última carta», artículo que forma parte de una coherente y valiosa serie de textos de El Pobrecito Hablador, pueda hallarse y publicarse pronto. De momento esperamos que ofrezca interés para los lectores un texto sin censurar de «El mundo todo es máscaras».

El texto al que nos referimos está contenido en 4 cuartillas dobles, las dos primeras y la cuarta de 21,5 x 15,5 y la tercera de 20,5 x 17,5 cm.; en la primera y la cuarta se lee al trasluz una filigrana incompleta, «Gelm and», y en la segunda y la tercera la de «Gargoles». Cada una de las cuartillas dobles incluye cuatro caras de las dimensiones respectivas citadas escritas por entero, y falta un breve fragmento del final del artículo.

El manuscrito, como claramente indicó Rumeau, constituye un primer estadio de la redacción del artículo, que se puede llamar, siguiendo al propio Rumeau, I. Larra debió de copiar posteriormente el texto, introduciendo numerosas variaciones de detalle, un añadido de extensión desconocida, porque una parte fue cortada por la censura, y precisiones de puntuación: es el estadio hipotético del manuscrito que Rumeau llama II. El texto III, por último, es el impreso en el número 12 de El Pobrecito Hablador, resultado del «trabajo» de la censura sobre II, salvo las líneas de puntos con las que Larra señaló los estragos causados por ella.

El manuscrito I ofrece gran interés para el estudio del modo de trabajar y del estilo de Larra. Por un lado están el considerable desorden de puntuación y otros detalles gráficos, que hacen pensar en una primera redacción muy rápida, con un esbozo general del artículo ya pensado desde el principio. Por otro tienen gran interés las numerosas correcciones que en el mismo manuscrito aparecen. Por último, las variantes de éste con respecto al texto impreso, más de ciento cincuenta, introducidas sin duda por Larra en el manuscrito II, atestiguan el cuidado que ponía en la elaboración de sus artículos. Todo ello merece sin duda un estudio detallado, pero éste sobrepasa los objetivos de la presente nota introductoria y de la edición del manuscrito que sigue, sólo escuetamente anotada. Lo que aquí se pretende es sobre todo dar una muestra del modo de actuación de la censura contra los textos de El Pobrecito Hablador, y sólo secundariamente proporcionar a los estudiosos interesados un apoyo para el trabajo con el manuscrito y su cotejo con el texto impreso.

La intervención de la censura en el texto de «El mundo todo es máscaras; todo el año es carnaval» tiene interés autónomo, independientemente de la importancia literaria del texto y de su autor, porque no son muchos los testimonios precisos del modo de actuar de aquella institución. En el caso de este artículo vemos que lo que recortan los censores son, para empezar, las críticas a la censura misma y, luego, las dirigidas contra las instituciones más importantes (aquí el ejército, la iglesia y quizá la corte real). La evidencia de la actuación de la censura contra este artículo de Larra constituye, por otra parte, una justificación de principio de los intentos de leer entre líneas en aquello que en épocas de absolutismo podía publicarse. Sin olvidar fenómenos como el de la autocensura, parece que para la historia de las actitudes políticas y la historia del pensamiento es ése un camino importante, aunque hartamente resbaladizo.

El manuscrito no censurado de «El mundo todo es máscaras» tiene, así, cierta significación para definir la evolución de las actitudes políticas de Larra. Es sabido que en los comienzos de su vida no se aprecia gran proximidad al liberalismo. No más mostrador, una comedia medio suya estrenada en abril de 1831, incluía burlas sobre la nobleza y la admiración suscitada por ella que daban ya indicio de una actitud crítica de Larra ante el orden social y político de la España de su época. El Pobrecito Hablador, por fin, es considerado en general una manifestación completa y precozmente madura del pensamiento liberal de Larra. Pues bien, la actuación de la censura contra «El mundo todo es máscaras», al igual que contra la «Última carta de Andrés Niporesas» y posiblemente contra varios otros textos de la revista, confirma esa idea, muestra que las críticas que Larra intentaba publicar apuntaban contra instituciones capitales del orden político y añade un nuevo fundamento empírico a la tesis formulada por José Escobar de que bajo sistemas absolutistas totalitarios la crítica de

aspectos secundarios puede ser, sinecdóquicamente, cifra de críticas globales a tales sistemas, que impiden la expresión de protestas contra sus aspectos más esenciales.

Aunque ello escape al objetivo del presente artículo, cabe señalar que en «El mundo todo es máscaras», desde el punto de vista de la composición literaria, se advierten dos partes bastante distintas: la presentación del Carnaval según una pauta costumbrista hartamente convencional, aunque con rasgos moralistas y reflexiones sobre la fidelidad amorosa y conyugal inconfundiblemente larrianos, y el «sueño», con una fuente literaria remota en Quevedo y otra próxima en Lesage. Desde el punto de vista literario no es, desde luego, de los mejores artículos de Larra, ni siquiera de El Pobrecito Hablador; pero las dos pautas ensayadas en él aparecerán eficazmente unidas más tarde en una gran sátira política, «Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres», y la de la segunda parte, combinada con otra que no hace al caso describir aquí, estará también en el origen de otro de los mejores artículos de Larra, el titulado «Cuasi».

Texto

El Pobrecito Hablador

Núm. 12

No hace muchas noches me hallaba encerrado en mi cuarto y entregado a profundas meditaciones filosóficas nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar a los necios y a los discretos, a los cuerdos y a los locos, a los ignorantes y a los entendidos que han de leerme y sobre todo a los dichosos y a los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa? Y aun dado el caso de poderlos a todos satisfacer cumplidamente, parábame más que todo un terrible No ha lugar a imprimirse que en letras gordas me estaba dando en ojos en el frontispicio de mi devuelto número 12. Mirábale atentamente como caminante que se encuentra interceptado su viaje por una pared insuperable, apoyado el rostro en ambos puños, caídos los cabellos sobre la frente, los ojos encendidos y moviéndose mis labios maquinalmente a exclamar de cuando en cuando con voz mísera y quebrantada, al mirar mi pobre embrión muerto antes de nacer: ¿Con que no basta contentar al público? ¿Con que no basta escribir para ser leído? Inútil es explicar más detalladamente las reflexiones amargas que como cerezas fueron saliendo unas de otras enredadas, ni yo las explicara aunque al caso viniera: tal es el miedo que a estas explicaciones voy cobrando. Reconozco el justísimo principio de que nacen, respeto y

callo, y heme hecho de resultas tan cortés y comedido que nunca me acontece ya en la actualidad dar a nadie los buenos días sin decirle antes: Si V. me lo permite buenos días; si V. no me lo prohíbe buenas noches: y aun el otro día a uno de estos hombres de que está lleno el siglo que alcanzamos que a vuelta de jugar y estafar y seducir doncellas y casadas no hallan comedia ni folleto que no les parezcan mal morigerados, le preguntaba llevado de mi idea: ¿Adónde va V. Sr. D. Fulano, si es que esta pregunta no le parece a V. inmoral?

El público sin embargo quiere que le digan las cosas que no se pueden decir, me repetía en mi cavilación la noche de que voy hablando; Vive Dios que el público es un curioso impertinente! Digámosle lo que podemos decirle buenamente; hagamos alguna oda de circunstancias, que allí no puede haber tropiezo sino en el consonante, y sea la verdad como la mujer honrada, la pata quebrada y en casa.

Animado con esta reflexión cogí la pluma y ya iba a escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo a mi alrededor, el que pensaba concluir con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamación en el país, para contentar de paso a todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé también en el inconveniente de que los hombres sensatos habían de creer que el tal elogio era burla, y esta reflexión era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma despechado, decidido a consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me que daba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado por más señas, lo que basta para que se infiera si debe ser hombre entendido, y que éste me dijese para de aquí en adelante, la registrando la Novísima y las Partidas, qué es lo que me está prohibido, o lo que es más breve y le daría menos que hacer, qué es lo que me está permitido; pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme a buscar el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, a lo cual había contribuido no poco el esfuerzo que había hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, o por mejor decir un amigo que alborotándome la casa se introdujo dando voces en mi cuarto en los términos siguientes u otros semejantes.

-¿Vamos a las máscaras, Bachiller?, me gritó. -¿A las más caras? -No hay remedio; tengo un coche a la puerta; ¡A las máscaras! Iremos a algunas casas particulares, a casa después de otras varias personas y concluiremos la noche en dos de los grandes bailes de suscripción. -Que te diviertas: yo me voy a acostar. -¡Qué despropósito! Ni pensarlo: precisamente te traigo un dominó negro y una careta. -Adiós y hasta mañana. -¿Adónde vas? No hay remedio; mira, Bachiller: tengo interés en que vengas conmigo; sin ti voy a perder la ocasión mejor del mundo. -¿De veras? -Te lo juro. -¡Paciencia! Te acompañaré.

De mala gana entré dentro de un amplio dominó, bajé la escalera y me dejé arrastrar a las máscaras al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: ¡Cómo nos vamos a divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!

Era el coche alquiler y a ratos parecía que andábamos más atrás que adelante, como quien pisa nieves, y a ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin a ser tan completa la ilusión que, temeroso yo de alguna pesada burla de Carnaval, parecida al viaje de D. Quijote y Sancho en Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez deseoso de investigar si, después de media hora de viaje, estaríamos todavía a la puerta de mi casa, o si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parece increíble, pero llegamos, quedándome yo en la duda de si había andado el coche hacia la casa, o la casa hacia el coche; subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos: un Edipo sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal atándose una liga elástica y dejando a su criado los chanclos y la capa y el mantón para la salida; un Indio todo emplumado de la América de Colón, con su papeleta impresa en la mano; un Romano del tiempo de Catón dando órdenes para hallar su landó a la puerta dos horas después, y un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; y varios dominós subiendo solos los escalones sin que se sospechase que hubiese dentro quien los moviese: y todos tapándose la cara, los más sin saber para qué y muchos sin ser conocidos de nadie.

Después de un molesto descanso en la puerta para el reconocimiento de billetes, y de la rúbrica y del sello y la contraseña, entramos en una salita que no tenía más inconveniente que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es más preciso tener máscaras que casa donde colocarlas. Algún ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra y los trajes y los coches, y, para descansar, un piano, tan piano que nadie lo consiguió oír jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de cuando en cuando a modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intensidad de ánimo sendos encontrones a derecha e izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, según yo llegué después a presumir porque no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que a muchos les acontece. Una madre buscaba a su hija, un marido a su mujer, pero ni una sola hija buscaba a su madre, ni una sola mujer a su marido. Acaso se habrían quedado dormidas entre la confusión en alguna otra pieza. -Es posible, decía yo para mí, pero no es probable.

Una máscara vino a mí disparada. ¿Eres tú?, me preguntó misteriosamente. -Yo soy yo, le respondí, seguro de no mentir. -Conocí el dominó; pues esta noche es imposible: Paquita está ahí, pero el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes. -¡Lástima grande! -Mira tú qué ocasión. Te hemos visto y, no atreviéndose a hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta en la Sartén, Dominó encarnado y lazos blancos. -Bien. -¿Estás? -No faltaré.

-¿Y tu mujer, hombre? decía a un máscara rarísimo que se había vestido todo de cuernecitos de abundancia un dominó negro que llevaba otro del brazo. -Durmiendo estará ahora: por más que he hecho no he podido decidirla a que venga; no hay otra más enemiga de diversiones... Así descanso yo en su virtud. -¿Piensas estar aquí toda la noche? -No, hasta las cuatro. -Haces bien. En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras: -Nada ha sospechado. -¿Cómo era posible? Si salí una hora después que él... ¿A



las cuatro ha dicho? -Sí. Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada? -No hay cuidado alguno, porque... Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de ¿Me conoces? Te conozco, etc.

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó parecido al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecía de noche a cuantos buscaban para pegarlos? -¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo azoradamente una voz tierna y agitada asiéndome del brazo. ¿Hace mucho que me buscabas? -No por cierto, no tenía esperanzas de encontrarte. -¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde anoche! No he visto hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fue haber convenido antes en no llamarnos por nuestros nombres, ni aun por escrito. Si no... -¿Pues qué hubo? -¿Qué había de haber? El que venía conmigo no era el primo, era Carlos mismo. -¿Qué dices? -Así que al ver que me alargabas el papel tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él lo vio y lo cogió. ¡Qué angustias! -¿Y cómo saliste del paso? -Al momento me ocurrió una idea. Qué papel es éste, le dije. Vamos a leerle; será de algún enamorado; se lo arrebató, veo que empieza querida Anita; cuando no vi mi nombre respiré... Empecé a echarlo a broma. -¿Quién será el desesperado? le decía, riéndome a carcajadas. Leamos; y él mismo leyó el billete, donde me decías que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. Si vieras cómo se reía. -Cierto que fue gracia eso. -Sí, pero, por Dios, de estas pocas. Acompañé largo rato a mi amante des conocida. El lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras mil veces aquella noche, y sobre todo el talismán de mi felicísimo dominó.

Salimos por fin de la casa, y no pude menos de soltar una carcajada al oír a una máscara que a mi lado bajaba: Decíale a otra: -No ha venido, no ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo a perder? Si don Carlos lo cogió... -Hombre, no tengas cuidado. ¡Paciencia! Mañana será otro día. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta. -Hiciste bien. -Perfectísimamente, repetí yo para mí, y salime riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algún contratiempo para mí. Yo me había llevado la querida de uno; en justa recompensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse a la suya como se parecía mi dominó al del desventurado querido. Ya estás vengado, exclamé, oh burlado mancebo. Felizmente yo al entregarla a la puerta había tenido la previsión de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida... Oh previsión oportuna... Ciertamente que no nos volveremos a encontrar mi capa y yo en este mundo percedero; había salido ya de la casa, había andado largo trecho y aún volvía la cabeza de rato en rato hacia las altas paredes, como Héctor al dejar a su Andrómaca, diciendo para mí: allí quedó, allí la dejé, allí la vi por la última vez.

Una cosa diré, en justicia, del público de Madrid: en medio de las sandeces y de las preguntas insulsas que se cruzan de una y otra parte en un salón de máscaras, prueba irrefragable de lo poco que vale esta miserable humanidad y de cuán reducido es el número de los privilegiados por el cielo con talento y travesura, ni un solo insulto ha llegado a mis oídos, ni una mala cara, ni una expresión ofensiva que haya tenido infaustas resultas se ha atravesado entre tantas y tan distintas gentes a perturbar el orden y la armonía, señales

evidentes de una civilización adelantada y de una sociedad bien constituida. Tanto más fue esto de notar para mí cuanto que nunca fui a buscar ni deseé otra cosa en esta especie de funciones. Moderado naturalmente en todos mis deseos, tolerante con todas las ridiculeces que sirven de pábulo a mi malicia, a ninguna parte voy a buscar lo que no puedo encontrar allí, lo que allí no debo buscar. No soy de aquéllos que echan de menos la acción en una buena cantatriz, o que alaban a un mal comediante por que tiene buena voz. Así que a las máscaras diversión es lo que voy a buscar y no virtudes, orden y armonía en esta diversión, y no las hondas y utilísimas máximas de los intolerantes moralistas.

Otras casas recorrimos sucesivamente; en todas el mismo cuadro, en todas la misma confusión y estrechez: siempre en todas las máscaras colocadas como las agujas en un inmenso alfilerero; una máscara más, decía yo a veces para mí, y, ocupado por entero el pequeño vacío que entre nosotros queda para permitir el movimiento, permanecemos aquí para siempre perfectamente encajonados y encastrados en estas paredes, con toda esta variedad de trajes y de personas como las diversas piezas de esos mapas que se dan a los niños para que los compongan y aprendan por ellos prácticamente la geografía, o como un raro y estupendo mosaico.

En ninguna parte nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos o solícitos amantes, pero nunca llegamos a comprender la solicitud que por lograr billetes había manifestado tantos días seguidos don Cleto, que, dormido en una silla, hizo toda la noche del baile cama y del estruendo arrullo; no entendemos todavía a don Jorge cuando dice que estuvo en el baile de máscaras, habiéndole visto nosotros desde que entramos hasta que salimos alrededor de una mesa en un verdadero ecarté. Toda la diferencia estaba en él con respecto a los demás días en ganar o perder, vestido o no de moharracho. No nos damos una explicación satisfactoria de la razón en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que vi buscando siempre y no encontrando jamás, cuando en una sala, cuando en otra, sin hallar a quien embromar ni a quien los embromase, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala como si de todas los echaran, un vagar incierto como el vuelo de la mosca que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse a sí mismos y creerse felices por espacio de una noche? ¿Es por dar a entender que también tienen un interés, una intriga? Algo nos inclinamos a creer lo último cuando observamos que los más de éstos os dicen, si los habéis conocido: -¡Chitón! ¡Por Dios! ¡No digáis nada a nadie! Seguidlos y os convenceréis de que no tienen motivo ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan y salen quebrantados del baile. Nunca empero se les olvida salir los últimos, y decirse al despedirse: ¿Mañana es el baile en Solís? Pues hasta mañana. Pasado mañana es en San Bernardino; ¡diez onzas diera por un billete!

Ya que en estas observaciones filosóficas nos hemos metido sin respeto a nuestros lectores, no dejaremos pasar en silencio antes de concluir las la más principal que nos ocurría. Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía. Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los días, reza el rosario y a merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada mirad cómo engaña a todos, cómo intriga, cómo roba, cómo... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso sólo se pone un rostro de cartón sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva segura; tampoco ha

menester careta. ¡Qué rostro tan angelical! ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Qué fácil trato debe tener! No puede abrigar vicio alguno. Miradla por dentro, observadores de superficies... no hay día que no engañe a nuevos pretendientes a su corazón; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo, ésa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña todavía más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas? ¡Qué amabilidad reina en su rostro! ¡Qué deferencia! ¡Qué previsión! ¡Qué sumiso debe ser! No le escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia: ¡Ese es un tirano grosero de la que le entrega su corazón! Su cara es más pérfida que su careta; por ésta no estás expuesta a equivocarte porque nada juzgas por ella, pero la otra crees que debe ser tu clave y sólo suele ser un pérfido guía que te entrega a tu enemigo.

Bien presumiré el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algún pesar muy grande debía afligirme, pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía como un falto de pelo bisoñé; la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo; de ambas maneras se les figura a entrambos que ocultan a los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era, pues un pesar me afligía; habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta corte, pero el continuo transpirar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y mi mucho cavilar habían debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era en aquel momento mi maestro de filosofía. Así de mi amigo y de común acuerdo nos decidimos a cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban las máscaras en aquel es trecho local, y se apiñaban y empujaban, como si fuera de la puerta las esperase el mayor riesgo; iban y venían los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas había un plato de que disponer; pedimos sin embargo de lo que había y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que había cenado antes que nosotros había tenido la previsión de dejar sobrantes; hicimos semblante de comer, como decían nuestros antepasados, y como dicen ahora los franceses, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salía yo diciendo de hartó mal humor, que me ha costado dinero un rato de hambre. Entramos de nuevo en el salón del baile y, cansado ya de observar, toda mi ambición se limitó a conquistar con los codos y los pies un rincón donde ceder algunos minutos a mi cansancio.

Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie y, columpiándose mi imaginación entre mil ideas confusas, hijas de la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie que el sueño y el ayuno, sobre todo prolongado, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre a las visiones nocturnas y aéreas que vienen a tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas ante nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Este es precisamente lo que a mí me aconteció, porque al fin, según expresión

de Terencio, homo sum et nihil humani a me alienum puta. No bien había cedido a la fatiga cuando creí hallarme en una oscuridad profunda; el silencio reinaba en torno mío; poco a poco una luz fosfórica se fue abriendo paso lentamente entre las tinieblas y una redoma mágica se me fue acercando por sí sola como un luminoso meteoro: saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado y todo volvió a quedar en la oscuridad: entonces sentí una mano fría como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió: sentí el crujir de la ropa, de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movía a mi lado y una voz semejante a un leve soplo me dijo, con atentos que no tienen entre los hombres signos representativos: -Abre los ojos, Bachiller, y si te inspiro confianza sígueme; el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas, pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de un cigarro, y a su escasa luz reconocí brevemente a Asmodeo, héroe del Diablo Cojuelo. -Te conozco, me dijo; no temas. Vienes a observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! Ven conmigo; doquiera hallarás máscaras, doquiera Carnaval, sin esperar al segundo mes del año.

Entonces me lleva insensible y rápidamente, no sé si sobre alguna serpiente alada, o vara mágica, o cualquier otro bagaje de esta especie; ello fue que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fue obra de un instante: entonces vi al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente antejo de larga vista. -Mira, me dijo mi extraño Cicerone. ¿Qué ves en esa casa? -Un joven de sesenta años disponiéndose a asistir a una suaré; pantorrillas postizas, porque va de calzón; un frac de última moda; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión indestructible sobre todo de que su figura hace conquistas todavía. -¿Y allí? -Una mujer de cincuenta años. -Obsérvala. Se tiñe los blancos cabellos. -¿Qué es aquello? -Una caja de dientes; a su derecha un polison. -¡Cómo se ciñe el corsé! Va a exhalar el último aliento. -Repara su gesticulación de coqueta. -¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez! -Más de una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao que debieras haber visto en este estado para ahorrarte varias locuras... -¿Quién es aquél más allá? -Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar a un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tu arrojas la careta en llegando a tu casa, y cuenta las onzas que le ha dejado; mira su sonrisa maligna. Parece decir: venid aquí, necios: dejadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; soy el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

Observa más abajo: un moribundo... sí... a la cabecera tiene a un hombre bien vestido; un bastón en una mano, una receta en la otra: aquí tienes la salud, parece decirle: yo sano los males, yo los conozco; observa con qué seriedad lo dice, parece que lo cree él mismo; parece que le perdona la vida que se le va a escapar ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; baja la escalera: mira cómo desenvuelve el papel que en la mano le deslizó la viuda (¿qué será?). También se sonríe. Ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo? -Sí. -Pues oye también el último ay que exhala el encamado. El médico se fue a embromar a otro con su máscara; el enfermo está ya en el otro mundo.

-Vena este otro barrio. -¿Qué es eso? -Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas? -Sí. - Míralas con este antejo. -¡Cielos! La alegría rebosa dentro y apenas puede contenerse; parece acechar el momento en que la dejen salir al exterior.

-¿Quién es aquél? -Un general. Observa cómo se paga de aquel hilo de oro que adorna su casaca; qué de trapitos encarnados y azules se cuelga de los ojales. Mírale que vano se presenta. Yo sé ganar batallas, parece que va diciendo. -¿Y no es cierto? Ha ganado la de \*\*\*. -¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. -Pero... -No es lo mismo. -¿Y la otra de \*\*\*? -La casualidad. Se está vistiendo de grande uniforme, es decir disfrazando: con ese disfraz todos le saludan, le llaman de V.E.; él y los que así le ven y le hablan creen que ya no es un hombre como todos. ¿Te ríes? ¡Bien hecho! ¿Tú eres el que vas a buscar máscaras a un baile?

¿Qué ruido es aquél? Aquello ya no es una máscara sola; es una inmensa comparsa; cuatro o cinco vienen delante; hachas, sierras, delantales blancos, barbas postizas... inmensas gorras... sigue una multitud de hombres; han atado a un aro de metal dos pieles de animales, y les vienen pegando porrazos con un palo; ¡qué ruido meten! No tienen otra importancia; otros vienen soplando en unos instrumentos; con qué formalidad echan todo su aliento en un serpentón o un clarinete, parece un asunto de que depende el equilibrio del Universo. Mira qué igualitos van todos... Uno se desigualó. -¿Ves cómo le dan un palo? ¿Apartas los ojos? Haces bien; ¡miserable humanidad! ¿Es el hombre el que tiene vanidad? Repara en otra cosa y te reirás... Un hombre manda a cuatro hombres, aquellos cuatro hombres mandan a miles de hombres. ¿Te parece que los llevan a un convite? Observa, oyes el ruido del cañón, ves correr la sangre... Dime ahora si eso merece llanto o risa.

Ven acá. ¿Ves aquella casa grande? ¿Oyes el bronce herido? -Sí. -¿Sabes cómo llaman esa especie de edificios? -Sí. -¿Ves los que hay dentro? -Perfectamente. ¿Cantan o qué hacen?... -Esas son otras máscaras. Vamos de prisa y necesitan más larga explicación.

Pero ¿quieres ver las más célebres, las que más te han de dar que reír? ¿Ves aquel edificio más grande que todos los demás? Allí debes ir a ver máscaras; ahí están las más grandes. Pero te cansas; hombre miserable, y tú te tienes por observador... Volvámonos pues... volvámonos.

Ya lo has visto; en todas partes hay máscaras todo el año. El mismo amigo.

¿A qué pues esa prisa de buscar billetes? Salte a la calle, verás las máscaras de balde... Sólo te quiero enseñar, antes de volverte a llevar donde te he encontrado, terminó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte. Al decir esto pasábamos por el teatro. Mira allí, me dijo, al Autor de comedias; dice que es poeta; mírale qué persuadido está de que ha escrito los sentimientos de Orestes y de Nerón y de Otelo... Infeliz... ¡Pero qué mucho! Un inmenso concurso se lo cree también. ¡Ya se ve! Ni unos ni otros han conocido a Orestes ni más que a ellos mismos. Repara, y riéte a tu sabor. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos de colores? Dicen que aquello es el campo y una sala y qué sé yo. ¿Ves aquél que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los Griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú? -Sí; por más señas que esta

mañana los vi en misa. -Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote y Edipo y Jocasta se van a cenar sin acompañamiento algún carnero.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**